

UN PUENTE ENTRE EL PASADO Y EL PRESENTE

Alejandra Laurencich*

Pasábamos los veranos en Mar del plata, en la casa que durante el invierno cuidaba mi abuela. El jardín tenía siete clases de árboles de ciruelas, un nogal inmenso, y el huerto donde crecía la acelga y la radicha, esa ensalada amarga que trataban de forzarnos a comer porque la Nona decía que depuraba la sangre. Había canteros de flores, geranios, azucenas destinadas a perfumar el comedor y el altar de la Virgen en la capilla. Adentro, había que tener las luces apagadas hasta que se pusiera el sol, no fuéramos a derrochar electricidad. En las muchas camas que había, las sábanas eran de hilo, pero zurcidas a mano, los almohadones tejidos al crochet, igual que las agarraderas de la cocina o la bolsa de los mandados que había que dejar colgada en el segundo gancho en la despensa y no en otro, porque el orden que mantenía la Nona era estricto, y era claro que para ella, nosotros los veraneantes, veníamos a romperlo, sobre todo los chicos.

Aunque no eran sus nietos la peor invasión que tenía que soportar mi abuela sino sus propios recuerdos. Cada vez que sentada a la cabecera de la mesa miraba con ojos agrandados hacia el jardín y veíamos de pronto sus iris grisverdosos cargados de pasmo, sabíamos que no eran los ciruelos lo que estaba mirando, sino alguna de las escenas que había visto en la Güera (así la pronunciaba, con su acento de la Primorska), y que después nos relataba con detalles, como si confesara culpas antiguas, sin quitar la vista de la ventana.

Allí, reflejada en su mirada, entre el nogal y el recorte de cielo azul de esa casa marplatense, podíamos ver entonces el tacho en el que ella lavaba la ropa de sus tres hermanos y su padre mientras lloraba y pedía: *Mama moia, mama moia*. Doce años tenía esa nena que refregaba los uniformes y había perdido a su madre después de que el médico le diera esa inyección en medio del pecho, así lo contaba ella, como si fuera el médico quien hubiera matado a su madre y no la miseria, la esperanza que se había llevado la guerra, la invasión.

* Scrittrice argentina.

Una vez nos contó del gato que luego de una semana de enterrado fueron a buscar para saciar el hambre. Muchas veces hablaba de la carreta tirada por un buey flaco que ella, una adolescente, ayudaba a empujar cuesta arriba, de Dobberdob a Lubljana escuchando los bombardeos. La sed que la obligó a tomar el agua barrosa del costado del camino, y que la puso al borde de la muerte por tifus en un hospital donde escuchaba cuatro idiomas y veía llevarse tapados por sábanas a sus vecinos de sala. *Ustedes no saben los que es la güera*, decía con su tono de imperio austrohúngaro, *ustedes no saben, chicos*.

Y no. Cómo íbamos a saberlo si vivíamos en un país en vías de desarrollo, *Argentina potencia* le llamaban en esa época en las propagandas de la televisión. El granero del mundo estaba ahí, bajo nuestros pies. Esa América a la que mi abuela llegaría en el 35 junto a sus dos hijos chiquitos, para reunirse con el Nono que la había mandado a llamar después de cuatro años. La Güera era un fantasma que nos silenciaba, quizá tanto como la miseria de los años que la siguieron habrá silenciado a mi papá y mi tía cuando esperaban bajo una mesa de sastre sobre la que su madre cosía para otros a que les cediera su porción de comida: medio chorizo para los dos. ¿Medio chorizo? pensábamos nosotros, acostumbrados a los asados argentinos, donde se repartía al menos uno para cada chico mientras se esperaban que se asaran los cortes mejores para sentarse a la mesa.

Europa era eso en nuestra infancia, imágenes de mi papá con su pantalón corto juntando balines en la nieve, para llenar un tachito y poder venderlos, fragmentos inmatrimoniales de la carreta del desfile que lo hizo caer, ataviado con su uniforme de camisita negra para un desfile popular, como todos los chicos de su escuela, y lo puso al borde del coma; un paisaje de bueyes flacos, el fascismo al acecho, los astilleros que se cierran y los hombres que parten en barcos de inmigrantes para no afiliarse a un partido que daba o denegaba los permisos de trabajo. Europa, un lugar del que casi no se hablaba y al que nadie quería volver, un tiempo al que mejor no tocar con la memoria, como si fuera un cable de alta tensión que ha quedado pelado, y cuelga allí, en algún lugar del pasado, y trata de taparse con las alacenas llenas de cada casa que habitábamos acá, diez paquetes de harina, seis o siete de azúcar, latas de conserva, como si en cualquier momento pudiera volver a ocurrir una guerra mundial.

En esa costumbre de alacenas atestadas crecieron mis hijos, que no saben cultivar la tierra ni limpian el plato con el pan, que no escuchan acordeones de pueblo ni rezos a la Virgen sino sus mp4 con bandas de rock, que dejan encendidos los veladores cuando salen para ir a la playa a tomar sol, que piden hamburguesas o pizza delivery mientras ven series en la pantalla de sus computadoras. Ellos se conectan a otros cables, unos a otros, cables a los que tampoco me atrevo a acercarme, pues siento que entre el pasado y el presente he quedado yo: un puente sobre el océano turbulento de la memoria, la conexión improvisada entre dos energías que han producido el gran cortocircuito de mi generación.